

Ramiro Reig
Vicente Blasco Ibáñez,
una biografía

FAXIMI
BOOKS

Introducción

El personaje ocupa con autoridad el retrato. Descansa la mano izquierda, con la que sostiene un puro, en el cuerpo, aguanta la pose mientras mira de soslayo al pintor, impaciente por volver a fumar y a hablar. Está contando una historia, inventada o vivida, y necesita acompañarla con un amplio movimiento del brazo, como hace en la tribuna. Es un hombre fornido, frisando la cuarentena, que disimula la irreparable gordura bajo la gran levita, de poderosa testa y barba morisca. El pintor ha subrayado los rasgos de su carácter, la mirada ávida, el aplomo arrogante, la exuberancia contenida. Probablemente este de Sorolla es el Blasco más auténtico, pero hay otros muchos. Fillol le pintó en una atmósfera naïf, escribiendo entre plantas y susurros marinos, vestido con una camiseta de bañista a rayas azules horizontales, que le da el aspecto de un modelo del aduanero Rousseau. Es el único que nos ha mostrado el *cote bon enfant*, de buen salvaje, tan patente en su personalidad. En el dibujo al carboncillo, realizado por R. Casas, parece estar planeando la destrucción de todo *lo existente*, mientras que en el busto de Benlliure espera que vengan a coronarle como gloria nacional. Y todos son verdad.

Disponemos de bastantes autorretratos, fotografías en las que nuestro hombre ordenó la forma en que debían captarle y que, curiosamente, reflejan su faceta más criticada. En una aparece de medio lado, sentado encima de la inmensa mesa de mármol de la terraza de su chalet de la Malvarrosa, mirando al mar. En otra, apoyado en una de las gigantescas cariátides griegas que adornaban, con regusto fallero, dicha terraza. Puesto que Blasco tenía un acusado sentido de la publicidad hay que pensar que lo que quería resaltar era el tamaño de la mesa y la desmesura de la estatua, como prueba palpable de sus éxitos pecuniarios. El fenicio mira al mar sentado sobre su botín literario, la hubiera titulado Machado, que hacía versos excelsos con el sueldo de profesor de Instituto y no podía soportar la avidez del novelista. Las fotografías más repetidas en el álbum nos lo muestran en actos públicos. Dirigiéndose a las masas desde el balcón de *El Pueblo*, escuchado religiosamente por un mar de gorras. O en un banquete de homenaje que le ofrecieron los periodistas madrileños, presidido por don Benito. Blasco lleva una chistera, que no le cabe en la cabeza y le da un aire de presentador de *music-hall* extraviado, y le rodean cincuenta personajes con el bombín calado, como Don Hilarión en la célebre zarzuela. Instantáneas de un personaje que vivió en el corazón de las masas y en los alrededores del mundillo cultural, que solo en contadas ocasiones se dignó reconocerlo.

¿Cuál de todos estos retratos es el que pidió aquel fiel correligionario que le acompañara en la tumba? Con toda seguridad el que publicó a toda plana el diario *El Pueblo* y que, colgado con chinchetas en la pared, presidía su casa y la de tantos hogares proletarios. El del líder que sabía hablar al corazón de la gente para anunciar el advenimiento de la República y, con ella, el fin de las guerras y el comienzo de la fraternidad universal. Existió ese retrato, sin marco ni lienzo, pintado por los seguidores. Uno de sus biógrafos, que fue durante un tiempo su secretario, Gascó Contell, cuenta cómo conoció al ídolo. Un día, cuando era un niño, su padre quiso llevarle a un mitin de Blasco. El casino republicano estaba tan atestado que era imposible acercarse. Le montó a horcajadas en sus hombros y desde allí, como desde una nube, pudo verle. No lo olvidó, no lo olvidaron. Así lo cuenta Max Aub:

Era un dios, ¿me oís?, un dios, y además lo parecía: alto, fuerte, casi hercúleo, el pelo ensortijado, la cara de dios griego, un poco grueso tal vez... ¡Y una voz! ¡Qué voz!... Vosotros no habéis conocido a Blasco, el verdadero Blasco, era un dios. Hablaba de todo: de poesía, de libros que nadie había leído —por lo menos los que le escuchábamos—, de historia, de geografía ¡y le entendíamos! Yo he visto a una multitud enorme no solo escucharle con la boca abierta, horas y horas, sino repetir, palabra por palabra, lo que iba diciendo... Es muy fácil decirlo, y no parece nada, pero ver, como yo lo vi, cientos y cientos de caras, levantadas hacia él y repitiendo lo que escuchaban, como si fuese una oración. ¿Vosotros qué sabéis?... Yo le he oído hablar en una plaza de Valencia —todavía lo estoy viendo —, en el balcón de un centro republicano —no me acuerdo cuál, yo era muy chico entonces—. Los salones estaban a reventar, a reventar la plaza y las calles de al lado. Llegó la guardia civil de a caballo dispuesta a despejar aquello ¡y se tuvo que regresar sin poder hacer nada! Aún estoy viendo a Don Vicente, con su barba de profeta joven, arengarlos, en el balcón, entre las luces de las antorchas. Se agigantaba, todos aquellos hombres hubiesen dado hasta la última gota de sangre por él.

No todos los retratos le han pintado tan agraciado. Los enemigos políticos le caricaturizaron con saña, llamándole revolucionario de entretiempos, Dantón de pacotilla, cacique rojo, sultán de la Malvarrosa. Algunos colegas literarios le tacharon de escritor vulgar. Un buen día lió la manta y marchó a colonizar las tierras vírgenes de la Pampa argentina. Las fotografías de estos cuatro años tienen una chispa de provocación en una atmósfera de irrealidad. Lleva el poncho

ladeado, como una chilaba o una casulla, y los indios que le rodean parecen preguntarse si será un misionero o un vendedor de whisky.

Tras el fracaso de la aventura le vemos distinto. Algo más grueso, bastante más calvo y, sobre todo, sin la florida barba. Azorín, sutil captador de los detalles, le dio mucha importancia a este evento capilar otorgándole un significado bíblico. Como Sansón, Blasco había perdido fuerza, se había aburguesado. Sin embargo, aún la tuvo para visitar las trincheras del Mame, escribir *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y hacerse millonario con sus ventas en los Estados Unidos. Su guardarropa ha aumentado, como corresponde a un representante del *show-business* hollywoodense, viste chaquetas cruzadas y usa un bastón, a lo Fred Astaire, que hace juego con los zapatos blancos de punta negra. De los innumerables y fugaces retratos de esta época conservemos dos. El que el propio Blasco eligió para la portada de su alegato contra la Dictadura de Primo de Rivera. De perfil, como en una moneda, con la camisa blanca desabrochada con desenfado arrogante. Seguramente fue este retrato el que hizo exclamar, molesto, a Torrente Ballester: «Su extraordinaria vitalidad —su única virtud auténtica— rechazó toda norma, desde la corbata a la fe religiosa». En el otro aparece sentado, junto a Unamuno y un grupo de españoles, en la terraza de La Rotonde, en París. Están conspirando. Don Miguel contempla absorto la lejanía, mientras Blasco levanta la cabeza y se encara con la cámara, cumpliendo con su obligación de propagandista de la idea. Flota en el aire una nota de melancolía. Los conjurados tienen el aspecto de pacíficos ateneístas y, como los incontables *sefarad* desterrados de la patria, parece que esperan en el andén la llegada del tren que les llevará a la España republicana.

Hay muchos Blascos, no porque el personaje fuera complicado o difícil de descifrar, sino porque hizo muchas cosas. En su viaje a Norteamérica, a la vista del acoso de los periodistas, acuñó un *curriculum vitae* que solía repetir con pequeñas variaciones:

Mi vida es acción y aventuras. Yo fui un inflamado revolucionario. Pronuncié discursos, escribí artículos contra la opresión y estuve preso treinta veces. Sí, treinta veces, por cuestiones políticas, y de ello me enorgullezco.

Otras veces añadía el número de duelos, la colonización de la Pampa o que había conocido al sultán de la Sublime Puerta. Exageraba, pero no mentía. En su tiempo no hubo ningún escritor que visitara tantos lugares, que se metiera en tantos líos, y que ganara tanto dinero, razón por la cual se le ha considerado un mal escritor. Desde luego nunca le preocupó realizar la obra maestra. Escribía atropelladamente, compulsivamente, llevado por la necesidad de contarles cosas a los demás. Si alguna vez me encontrara en un lugar perdido, confesó, andaría lo que fuera necesario hasta encontrar a alguien a quien contarle una historia. Presumía de las tiradas de sus obras, no solo por vanidad, sino porque su mayor satisfacción era saber que la historia del incendio de una barraca valenciana, que él había contado a sus compatriotas, seguía emocionando a un *farmer* americano o a un campesino ruso. Por eso se entusiasmó con el cine y decidió escribir *novelas cinematográficas* viendo la posibilidad de llegar a miles de personas. En un chispazo, a lo Julio Verne, afirmó que muy pronto podrían grabarse y verse en casa.

Agitador, *hombre de tumulto*, como le llamó Azorín, diputado oficial y tribuno popular, folletinista, editor, colonizador frustrado, escritor de fortuna, rico pero incorruptible, trotamundos, republicano sin miedo y sin tacha («aun cuando solo quedara uno en el mundo, ese sería yo»). Esta es la biografía de un escritor que, por haberse movido tanto, no aparece en la foto de las mejores promociones literarias, junto a los primeros de la clase, pero al que los lectores siguen considerando como uno de los suyos.

1

Los años de aprendizaje

El chico de la calle de la Jabonería

Vicente Blasco Ibáñez nació el 29 de enero de 1867 en la calle Jabonería Nueva, de Valencia, hace tiempo desaparecida, situada en el centro de la ciudad, en un barrio comercial y popular¹. «Para ser un chico nacido en la calle de Jabonería, y valenciano, no le ha ido mal en la vida», recordó el propio Blasco, en un discurso pronunciado cincuenta años más tarde. Era la demostración de su ascenso social y la confirmación de su valencianismo, dos temas recurrentes en su autobiografía. Sus padres eran aragoneses. Gaspar Blasco, el padre, había conseguido abrirse camino y poseía un pequeño comercio que daba lo suficiente para una existencia medianamente acomodada. Dolores Ibáñez, la madre, era una mujer devota y severa. El hijo los cita con respeto y cariño, pero no parecen haber influido mucho en su formación, marcada más por las influencias externas que por las familiares. En el feroz anticlericalismo del joven Blasco no hay muestras de rechazo a la piedad que trató de inculcarle la madre, sino de superación. Cuando ya era un adulto, viajando por Italia entró en la catedral de Milán y el ambiente de la liturgia católica le trajo el perfume de su infancia piadosa:

Me vi de niño, tal como me llevaban en la mañana del domingo, enfundado en las ropas de fiesta, a oír la misa más larga... Resucitaron mis recuerdos, agolpándose con ímpetu, y creí percibir en la espalda la suave caricia de aquella mano que me hacía doblar las rodillas, la mano de mi madre, que, ¡ay!, nunca volveré a sentir. Mujer creyente, con la más respetable y candorosa de las ignorancias, y cuya memoria me hace aceptar la invención del cielo.

Tal vez el único hecho traumático de su infancia fue el que su padre le llevara a una ejecución pública. El horror a la pena de muerte le quedó grabado en la pavorosa escena a la que tuvo que asistir siendo niño.

Su primer recuerdo data de 1869, cuando abrió los ojos y vio la barricada que los federales habían levantado enfrente de su casa. Resulta poco verosímil, por muy precoz que fuera su espíritu rebelde, que a los dos años y medio tuviera una percepción tan clara de la realidad. Probablemente se refiere a las barricadas de la revolución cantonal, en 1873, cuando ya tenía seis años y era un chaval revoltoso que andaba siempre correteando por la calle. Para la biografía de un Mozart de la algarada es suficiente. En la pancarta de los insurrectos estaba escrita la consigna de los internacionalistas, *Guerra al general, paz al soldado*, que tantas veces había de recordar en sus escritos sobre la guerra de Cuba y la guerra europea.

Asistió a la escuela municipal, a los escolapios, próximos a su domicilio, a una academia privada y, a los doce años, recaló en el instituto. Por estas fechas frecuentaba el domicilio de un amigo, un tal Asensi, cuyos padres tenían una cultura superior a los Blasco. El padre era un comerciante en vinos que había vivido en Lyon y Marsella durante bastantes años, coincidiendo con la revolución del 48. A juzgar por su biblioteca era un romántico en toda regla. Estaba casado con una señora italiana que tocaba el piano y cantaba romanzas. En este ambiente, Blasco se aficionó a la música y la lectura. Comenzó con *Los novios*, de Manzoni, y fue dando cuenta con avidez de todo el repertorio romántico: *Pablo y Virginia*, de B. de Saint-Pierre; *La historia de los Girondinos*, de Lamartine; *Corina*, de madame de Staél; *Adolfo*, de B. Constant. A los trece años quería ser marino, tal vez para rescatar a Virginia, pero la navegación moderna requería más matemáticas que abordajes y desistió. La lectura de *Los miserables* terminó de encarrilar su futuro. Sería escritor revolucionario. No fue, por cierto, el único en sufrir la influencia de Hugo, pero sí el que le guardó mayor fidelidad. En una encuesta que realizó *La Revista Blanca*, varios de los líderes internacionalistas confesaban el impacto que les produjo su lectura. La grandeza del justo Valjean, perseguido implacablemente por Javel, el representante de la justicia oficial; la tragedia redentora de la madre de Cosette, abrumada por la miseria, y el generoso desprendimiento de Gavroche, el pilluelo de las calles de París, muerto en las barricadas, fueron elementos decisivos en su educación sentimental.

El futuro novelista fue un producto de la educación informal. Ni el molde familiar, ni la escuela dejaron en él una huella perdurable. En cambio, lo que aprendió en la calle y en las lecturas no solo le proporcionó material para sus mejores obras, sino que configuró su manera de novelar y de ser. En este punto un escrupuloso biógrafo debe preguntarse por el *domain perdu* del biografiado, ese lugar secreto de la infancia o la adolescencia donde convivimos con nuestros sueños. El jardín de los Finzi-Contini, adonde el protagonista vuelve después del holocausto para reconstruir su historia; el bosque del grand Meaulnes, mil veces revisitado en busca de la amada una vez entrevista; el rincón de un patio de Sevilla para el poeta de Castilla. Las palabras susurradas por el mar de la Malvarrosa al niño, escapado de la escuela, que las escucha tumbado en la arena, juega con ellas, las contesta, las guarda, las palabras del mar que resuenan en las olas pero que solo él oye y entiende, que se borran de la playa pero que él conserva. Ese trozo de mar que le habla fue el país de la infancia de Blasco.

El resto de elementos que configuraron su paisaje (la huerta, el mercado, las fiestas, los tipos populares...) los conocemos más por sus obras que por datos personales, y la mejor manera de reconstruir su biografía es acudir a ellas. Su primera novela del ciclo valenciano, y la primera de cierta importancia, *Arroz y tartana*, es un trasunto de sus recuerdos de infancia, enriquecido con las experiencias del adulto. El relato va recorriendo los lugares y los momentos que quedaron grabados en la memoria del chico de la calle de Jabonería, cronológicamente, como si fuera el repaso de un curso escolar. El mercado, que estaba al lado de su casa, durante las compras de navidad. La plaza de su barrio el día de la *crema* de la falla. Las calles del centro por las que desfilaba la procesión del Corpus, o inundadas de alegría báquica durante las fiestas del Carnaval. La Alameda en el esplendor de la feria de julio. Blasco nunca es autobiográfico, en el sentido de que transcriba su vida, pero en la mayoría de sus novelas trabaja sobre el material que ha visto y vivido. En este caso la exactitud y la riqueza de lo descrito nos remiten a alguien que ha participado muchas veces en los acontecimientos, importunando a las verduleras, saltando alrededor del fuego, tirando de la barba a los personajes bíblicos de la procesión.

La trama argumental está centrada en el mundo en el que creció. Doña Manuela, viuda de un tendero acomodado que le ha dejado un próspero negocio, está obsesionada por introducirse en la alta sociedad y para ello tiene que gastar más de lo que posee y aparentar lo que no es. La ambición de esta mujer, que suplica, engaña y miente hasta a su propio hijo con tal de conseguir sus fines, desemboca en la ruina de la familia. Doña Manuela no es madame Bovary, aunque muestre la misma afición compulsiva por comprar, ante todo porque Blasco no es Flaubert y su fuerte no estaba en el análisis psicológico. También, porque la primera vive una insatisfacción existencial, motivada por la vida banal a la que se ve condenada, mientras que la segunda tipifica un malestar sociológico, el quiero y no puedo de la pequeña burguesía. En contraste, y como alternativa al problema de la protagonista, Blasco nos propone la vida del tendero ejemplar, nacido en el seno del pueblo, que con su laboriosidad ha conseguido una digna posición y se siente orgulloso de ello, pero ni renuncia a sus orígenes ni aspira a la ostentación de las clases altas. Para ilustrarlo nos cuenta una historia popular, recurso utilizado en todas sus novelas valencianas, la del *xurrel*, el niño aragonés que sus padres dejaban a la puerta de un comercio y que era recogido como aprendiz, ascendía a hombre de confianza y heredaba el negocio. Es la historia de su padre, aunque a este no le dejaron en la puerta, sino que vino a Valencia por su propio pie.

Los escenarios de la memoria se habían convertido, cuando escribió la novela, en escenarios de su política. Las calles, en las que se crió, pasaron a ser el elemento central de una actuación dirigida a ocuparlas, disputárselas a las procesiones y transformarlas. Entre otros muchos pasajes en los que el pasado se funde con el presente, aparece en la novela un personaje, que actúa como desencadenante de la tragedia, y que en la vida real le sirvió al blasquismo de *sparring* para demostrar su fuerza. Se trata de don Ramón Morte, el especulador que lleva a la ruina a incautos y ambiciosos, pero también a pobre gente que, engañada, le ha confiado sus ahorros. En todas las novelas de la segunda mitad del XIX aparece su siniestra figura con rasgos más o menos reconocibles. El trasfondo de *L'argent*, de Zola, es la lucha implacable de los Rosthchild contra los Pereire, al igual que el Torquemada galdosiano remite al marqués de Salamanca. El agiotista de *Arroz y tartana* es, sin lugar a dudas, el marqués de Campo. Blasco oyó muchas veces hablar de él, en esas conversaciones de los mayores que los niños cogen al vuelo porque notan que se están diciendo cosas graves. La quiebra de las sociedades financieras de Campo significó una sorpresa, una catástrofe y un escándalo mayúsculo entre la gente sencilla, como la costurera de la novela y su anciana tía, y como mucha gente conocida o próxima a la familia de Blasco, que habían confiado ciegamente en él. Campo se escabulló al estallar la revolución del 68 y el Ayuntamiento le declaró persona *non grata* e intentó arrebatarle las concesiones (agua, alumbrado de gas) que, generosamente, se había autootorgado mientras fue alcalde. Desde el extranjero, el marqués conspiró con los alfonsinos y fue uno de los que financió el golpe de Estado que restauró la monarquía, en 1875. La restauración de los negocios del marqués despertó poca simpatía entre sus conciudadanos, a pesar de que multiplicó los gestos de patricio benefactor. Al morir, el Ayuntamiento se opuso a que sus herederos continuaran detentando el monopolio del suministro de gas, sin conseguirlo. Fue un largo pleito que terminó, en 1898, con un enfrentamiento entre la ciudad y los herederos de Campo, en el que Blasco y sus seguidores demostraron una admirable capacidad para armar ruido. Significó la presentación en sociedad de su partido como una fuerza incontenible que iba a gobernar la ciudad durante muchos años, el triunfo sobre *el Malo* de

sus recuerdos infantiles. Ah, viejo ladrón, que a tanta gente engañaste con tus falsas promesas, con nosotros no podrás.

Las afinidades electivas

«Como algo tenía que estudiar, me matriculé en Derecho.» Las noticias que tenemos refieren que fue un alumno bastante normal, es decir, que estudiaba poco, salía a dar serenatas con la tuna y frecuentaba tertulias literarias. En una de ellas trabó amistad con Constantí Llombart y este le llevó a don Teodoro, la otra gran figura de la Renaixença valenciana que por entonces estaba en plena efervescencia².

Este tipo de movimientos de recuperación cultural surgieron en Europa al calor del romanticismo y estallaron en 1830, en la llamada *primavera de los pueblos*. Para los románticos, los pueblos tenían un alma colectiva que se expresaba en su lengua, tradiciones e historia, y en el ejercicio de la libertad. Por lo general, aunque no era un requisito imprescindible, la reivindicación cultural iba acompañada de una reivindicación política de tipo nacionalista. A la manera de Fichte, en sus *Cartas a la nación alemana*, surgía un vate que lanzaba a los cuatro vientos una irrefutable *oda a la patria*, esperando la respuesta colectiva, que no siempre llegaba. La cuestión, románticamente oscura sobre el papel, podía complicarse aún más en la práctica. ¿A quién deberían los valencianos otorgarle el título de heraldo de la patria? ¿Al *Palleter*, héroe popular de la guerra de la Independencia, que levantó al pueblo contra Napoleón dando cuatro gritos, o a un tal Villarroya que escribió una poesía, totalmente desconocida, pero que está considerada por los intelectuales finos como el manifiesto fundacional de la Renaixença y el germen del regionalismo? La pregunta no es irrelevante en la vida de Blasco, ya que de la respuesta dependía su elección literaria y la orientación de su política. El joven se encontró con que Llombart y Llorente habían dado respuestas distintas.

Constantí Llombart fue un republicano federal que participó en la revolución cantonal y un escritor valencianista empeñado en el renacimiento de la lengua. Fundó *Lo Rat-Penat*, *societat deis amadors de les glories valencianes*, y, al verse desplazado de la dirección por el grupo conservador de Llorente, se marchó y fundó otra sociedad, *L'Oronella*, para defender sus puntos de vista más radicales. Llombart creía que el valenciano, además de ser el cauce de expresión del pueblo, era una lengua con suficiente entidad para vehicular una cultura distinta a la castellana. Esta diferencia cultural debería encontrar plasmación política en un Estado federal. Basta comparar su retrato (gafas negras, cabeza rapada) con el de Llorente (sentado en actitud reposada, mientras una musa vestida de labradora le corona de laurel) para adivinar las diferencias entre el marginal intransigente y el cacique conservador. A Llorente se le conoce y nombra siempre como don Teodoro para indicar que se trata de una institución. Comenzó su dilatadísima carrera (no son pocos los que creen que sigue con vida) dirigiendo el periódico del marqués de Campo, *La Opinión*, y en 1866 fundó *Las Provincias*, donde mantuvo una línea imperturbable de conservadurismo pontifical. Respecto a la lengua valenciana don Teodoro pensaba que era dulce como la miel (*sic*) y especialmente apta para la poesía y los juegos florales, pero ni por asomo se le ocurrió que podía configurar un universo cultural y literario alternativo al castellano. Coherente con esta concepción, en política defendía un *regionalismo bien entendido*, complicada mezcla de susceptibilidad y pleitesía ante el poder central de la que solo don Teodoro conocía la fórmula exacta.

Blasco simpatizó, no hace falta decirlo, con el radicalismo de Llombart, y con su concepción federalista. Sus primeros cuentos, aunque escritos en castellano, fueron publicados, traducidos al valenciano, en el almanaque de *Lo Rat-Penat*. Pero enseguida se dio cuenta de que si quería ser escritor, tenía que serlo en castellano, no solo porque era la lengua que él dominaba, sino porque representaba una cultura universal. El valenciano era un dialecto, entrañable y querido porque lo hablaba el pueblo, pero había que dejarlo como estaba, sin la equivocada pretensión de darle un rango o estatuto superior. Esta decantación cultural, acentuada con el tiempo por las influencias del jacobinismo, no encajaba del todo en la concepción federal, pero Blasco encontró la solución en una extraña síntesis entre unitarismo y federalismo a la que, parodiando la frase de Llorente, podríamos llamar federalismo bien entendido, bastante difícil de entender.

En aquellas tertulias de antaño se podía encontrar de todo: el erudito local, el bohemio profesional, el héroe de algún hecho memorable, el artista incomprendido, el comerciante honrado, el que había estrechado la mano incorruptible de Ruiz-Zorrilla. De todo, menos representantes del género femenino. La tertulia española se tenía en el casino, no en un salón presidido por la dueña de la casa, Ana de Noailles, madame Strauss, la condesa de Belgioioso, y tantas otras que han pasado a la historia de los salones literarios. Algunos años más tarde, Colombine (Carmen de Burgos) animó en Madrid una tertulia literaria, pero era una llamativa excepción que deslumbró a Blasco, acostumbrado a hablar de literatura y política solo con recios varones. Su extravagante teoría sobre el feminismo, desarrollada más adelante en *La maja desnuda*, tal vez tenga su origen en esta orfandad. Tampoco frecuentaban las tertulias las clases altas, poco aficionadas a la lectura. Los lugares a los que acudía el joven Blasco, ávido de conocer todo lo que se movía en Valencia, le relacionaron con círculos profesionales y con personas de cierto prestigio, por encima del nivel social de su familia, pero no conoció ni trató a ningún marqués de Montortal, Cáceres o Malferit, por citar algún apellido de la nobleza valenciana. La permeabilidad y movilidad de los círculos sociales intermedios le permitió situarse con facilidad entre la

gente más activa e inquieta y le alejó del *stablishment*.

Hemos de creerle cuando dice que estudió lo mínimo para aprobar los exámenes. Sin embargo, su paso por la Universidad no fue en vano. Contemplando al joven que entra en las aulas con apenas dieciséis años y al que termina la carrera, cinco años más tarde, es perceptible el proceso de maduración. Sus primeras escaramuzas universitarias tenían un aire revoltoso, desenfadado, cosas de jóvenes con ganas de armar ruido. Se dedicaban a reventar los rosarios de la aurora, lo cual no era tan fácil como aparenta. Algunos sacristanes procedían de las huestes carlistas, sabían utilizar el cirio como garrote, y la diversión se volvía emocionante. A comienzos del segundo curso, impaciente por conquistar el triunfo, el muchacho se fugó a Madrid. Allí se hizo amigo, utilizando el castizo método de escucharle embobado en el café, de un experimentado folletínista, don Manuel González y Fernández, que le tomó a su servicio. El anciano escritor, que estaba medio ciego, le iba dictando aventuras increíbles que se le ocurrían sobre la marcha y, cuando el sueño le tentaba, daba las instrucciones pertinentes al amanuense para que terminara el capítulo. Blasco recordaba la fuga como una travesura juvenil que terminó, al cabo de dos meses, cuando sus padres le cortaron la intendencia.

A pesar de estas y otras anécdotas, tenía muy poco de estudiante de la casa de la Troya. Su voracidad lectora, con la ayuda de una buena memoria y de una gran capacidad de asimilación, le hacían sobresalir en los debates. Una obra monumental, la *Historia de la revolución española*, escrita a los dos años de dejar la Universidad, muestra que disponía de un bagaje cultural considerable. Algunos de sus mejores amigos, L. Altamira y L. Morote, eran estudiantes brillantes que posteriormente destacaron en el campo intelectual. Ambos estuvieron ligados a las corrientes institucionistas, que contaban en la Facultad de Derecho de Valencia con destacados representantes (Pérez Pujol, Sela) y colaboraron con el grupo de Oviedo (Posada, Alvarez Buylla). Quiere esto decir que tuvo un entorno intelectual más rico de lo que él mismo da a entender. Alguien, no sabemos quién, vio en el joven Blasco una estrella emergente que había que captar para la causa de la hermandad masónica. Estando en el último año de carrera, en 1887, fue admitido en la logia *Unión* con el nombre de *Hermano Danton*. La logia podía ofrecer contactos, apoyos e influencias útiles para un hombre de acción, pero no era un instrumento de intervención política apto para la competición electoral. Blasco prefería la lucha abierta desde un partido político al secretismo de la logia y se fue olvidando de esta hasta que fue dado de baja por impago de las cuotas. Esto no fue un obstáculo para que, a su debido tiempo, el franquismo le acusara de masón.

En 1888 cumple veintiún años, ha terminado la carrera de Derecho y lleva publicados una veintena de cuentos «en los que cuenta sin gran novedad, pero con colores vivos, amores y guerras, crímenes y hazañas, horrores y prodigios de los siglos medios». Don Teodoro otorga el visado para el mundo de las letras al *joven y brioso escritor*, pero le previene contra *su fecundidad peligrosa*. Ese año Rimbaud había cumplido treinta y cuatro y Víctor Hugo ochenta y seis (ya hacía tres que había desaparecido de este mundo, pero era inmortal). Entre el emperador de la barba florida, retratado por Bonnat en la pose de un Carlomagno, y el joven de cabellos rojos y mirada insolente que aparece en el cuadro de Fantin-Latour al lado de Verlaine y de Manet, Blasco eligió a Hugo. Fue una elección personal, más que estética, ya que a lo largo de su vida siempre sería fiel al maestro pero escribiría de manera muy distinta. De Hugo le fascinaba su estatura monumental, su voz convocando a las tormentas, interpretando los astros, increpando a los tiranos. Hugo era selvático y marítimo, tenebroso, panfletario, terrible como un dios, y, al mismo tiempo, compasivo y frágil cuando compartía el dolor de los más débiles. *Il faut bien que quelqu'un soit pour les vaincus*. Aspirar al triunfo no era incompatible con esta divisa que el joven adoptó y a la que, de una forma romántica e intermitente, siempre sería fiel. Entre los clásicos había mejores escritores, pero ninguno con su dimensión cívica. Como le había ocurrido al propio Hugo ante Chateaubriand, no tenía alternativa: ser Hugo o nada. No en la perfección, sino en el exceso se asemejó a él.

El joven anticlerical

Para ser alguien, en aquella época, había que tener un periódico, un gran periódico o una hoja volandera, algo en donde las propias opiniones aparecieran, como en la *Gaceta*, en letra impresa. Uno podía desafiar al mundo entero en el casino, por ahí se empezaba, pero hasta que no lo ponía por escrito ni sus partidarios ni la autoridad gubernativa lo tomaban en serio. Con la ayuda de un amigo como socio capitalista, comenzó a publicar un semanario, *La Bandera Federal*, en el que tomaba partido por una de las facciones del republicanismo. Recordemos que existían tres grandes tendencias, cada una de las cuales en el nombre lleva ya la penitencia: los posibilistas, liderados por Castelar; los centralistas, por Salmerón, y los federales, por Pi y Margall³. Tres grandes tribunos de la generación del sexenio revolucionario, algo pasados de edad, a los que habría que añadir un cuarto, inclasificable: Ruiz-Zorrilla. Exiliado en París, defendía la postura del NO, irreductible, insobornable, absoluto. La República vendría por una revolución, aunque, como es condición del Apocalipsis, no se sabía ni el día ni la hora. Siendo así, Ruiz-Zorrilla no tenía partido, sino partidarios, especialmente entre los sargentos, que era el estamento más díscolo de la milicia, y que se dedicaban a conspirar sin resultados tangibles. En su primer año de universidad, Blasco y sus amigos pasaron una noche en vela, convenientemente embozados, aguardando que el sargento de guardia diera la orden de asalto. A pesar de los continuos

desengaños, provocados por esta estrategia, los zorrillistas no perdieron la fe ni la confianza en su jefe. Blasco abandonó este camino, pero mantuvo un gran respeto por la persona y por lo que representaba.

La Bandera Federal se alzó para defender el republicanismo de Pi y Margall. Entre todos los santones republicanos, Pi y Margall era el más estimado por las clases populares, no tanto por su libro sobre las nacionalidades, que casi nadie había leído, como por su radicalismo social. El principio federativo, de inspiración proudhoniana, proponía un modelo de sociedad construida desde abajo por la libre asociación de las personas. Se conocía con el nombre, no demasiado clarificador, de pacto sinalagmático. El último círculo asociativo era la región (sinónimo, en el libro de Pi, de nacionalidad), que, a su vez, podía federarse con otras regiones para formar España. De este principio podía derivarse una alternativa regionalista o nacionalista, sustentada por la burguesía o por el pueblo. Sin embargo, la influencia de Pi y Margall fue mucho mayor en el obrerismo internacionalista o anarquista que en el nacionalismo. Entre la libre asociación de trabajadores, proclamada en el primer Congreso de la Internacional celebrado en Córdoba, en 1870, y el principio federativo pimargalliano, no se veía la diferencia. Para muchos trabajadores ser republicano federal no significaba ser valencianista o catalanista, sino defender la república social. Todo esto cobrará importancia más adelante, cuando el blasquismo se proponga atraer a los trabajadores. De momento la bandera levantada por Blasco era más anticlerical que federal o social.

Como enseñaba el *Catecismo del buen republicano*, a la pregunta: ¿Por qué hay que ser anticlerical? se tenía que responder sin titubeos: Porque el clericalismo quiere dominar en las conciencias, en la sociedad y en la política. Y era verdad. Los historiadores coinciden en señalar que fue el peso de la Iglesia y su posicionamiento en contra de las libertades el que generó en los países católicos el fenómeno anticlerical⁴. A este hecho fundamental venían a añadirse otras razones, diferentemente valoradas según el contexto social y la historia personal de cada uno. En los medios más instruidos, el anticlericalismo era una consecuencia de la crítica a la religión realizada a partir de los postulados de la razón. Blasco debió recorrer este camino en su época universitaria. Su biógrafo L. Roca cita una página de su *Diario* en el que, tras un accidente en el que está a punto de ser atropellado por un tranvía, exclama: «¡Ser inmenso y eternamente desconocido! ¿Me reservas, cuando así velas por mí, para algo grande, grande?». Estamos en el misticismo de Hugo, en el que la inmensidad del Ser Supremo es proporcional a la grandeza que uno se atribuye. No debió sostener mucho tiempo esta creencia y todo parece indicar que posteriores lecturas, en la línea materialista de Diderot, le llevaron al agnosticismo. Pero no hacía falta ser un enciclopedista muy leído para mantener una posición anticlerical en el terreno político. Un análisis somero del sistema de la Restauración evidenciaba que la Iglesia, junto al ejército, representaba el freno más poderoso a la modernización del país. No se atacaba a la Iglesia gratuitamente y por sectarismo, sino porque terminar con sus privilegios y con su poder era condición imprescindible para poder llevar a cabo una política progresista. Cuando el joven Blasco decidió entrar en política el clericalismo era un problema, no se lo inventó. En la vecina Francia, espejo donde se miraban los republicanos españoles, la lucha de Ferry por la escuela laica, las implicaciones del *affaire Dreyfus* y los enfrentamientos suscitados por las leyes de Combes sobre las congregaciones religiosas fueron mostrando la importancia de dar la batalla y vencerle.

Al margen de la metafísica y de la política, el pueblo era anticlerical a su manera, simplista, exagerada, pero no exenta de razones. En el informe de la Comisión de Reformas Sociales, realizado en estos años, los obreros encuestados, al ser preguntados por el sentimiento religioso, acusan a los representantes de la Iglesia de hacer lo contrario de lo que predicán. Otros problemas (la carestía de la vida, el paro) les preocupaban más, pero ninguno les irritaba tanto como ver a los curas halagar a los ricos, vivir sin trabajar, predicar la pobreza y darse a la buena vida. Aunque el tema de los frailes glotones y de las monjas lúbricas tenga una larga tradición, es en el siglo XIX cuando adquiere consistencia al incorporarse a los discursos emancipatorios de carácter democrático y social. Esto es debido a que el discurso que, a partir de la revolución francesa, van configurando las clases populares no se construye con conceptos sociológicos perfectamente definidos, sino con referencias simbólicas cargadas de valor emocional. Reacción contra progreso, explotadores frente a explotados, o como decía el periódico *El Chornaler*, en su cabecera, *els que mengen i no treballen frente ais que treballen i no mengen*, los que comen y no trabajan frente a los que trabajan y no comen. Los tópicos anticlericales tenían un poder simbólico tremendo porque con pocas imágenes resumían la historia del desengaño del pueblo. De ahí su éxito. A partir de aquí los estudiosos han polemizado sobre si el discurso anticlerical sirvió para distraer a los trabajadores de sus verdaderos objetivos o si, por el contrario, vehículo valores importantes, como la laicidad, el aprecio de la instrucción o las libertades democráticas. La polémica atañe de una manera especial a Blasco, que apareció en la escena pública como terrible comecuras.

A los pocos meses de aparecer *La Bandera Federal*, anunció su visita a Valencia el marqués de Cerralbo, jefe del carlismo, en gira por las capitales españolas: «Valencia jamás ha sido carlista y es indudable que no verá con indiferencia los desahogos de esa gente, que son un anacronismo a finales del siglo XIX». El periódico lanzó una intensa campaña contra el *carlo-clericalismo* y el marqués fue recibido en la estación por una exaltada manifestación de *gente de blusa*

y tuvo que ser protegido por la fuerza pública. Algo nuevo se había producido: un insignificante periódico era capaz de movilizar a una masa de seguidores con la consigna de que Valencia era una ciudad libre y no podía tolerar la intromisión clerical. En estos dos principios, la movilización de masas y la identidad republicana de la ciudad, está en germen toda la posterior política del blasquismo. A renglón seguido le tocó el turno a Cánovas, contra el que el periódico organizó una gran manifestación. En plena calle, Blasco arenga a los manifestantes y estos le protegen para que la policía no pueda detenerle. Un pescador amigo le esconde en una barraca de la playa y una gabarra le lleva a Argel, desde donde embarca hacia Marsella. De Marsella viaja a París y allí permanece de agosto de 1890 a julio de 1891. Ya es un exiliado político con un par de procesos pendientes.

España vista desde París

Se ha contado mil veces la anécdota y no es mala como definición. En la época en que conspiraban contra la dictadura de Primo de Rivera, Blasco y Unamuno contemplan desde un balcón los Campos Elíseos. «Ah, París, París», exclama soñadoramente el valenciano. «¡Gredos!», responde tajante el bilbaíno. Para el joven Blasco, cuyos ídolos eran Victor Hugo y Danton, París era la capital de la cultura, la patria de la revolución francesa, y terminará siendo su hogar. Al pisar por primera vez la tierra prometida se sintió fascinado y predestinado.

Me fui a vivir al barrio latino. En ese barrio han llorado y han reído, cuando muchachos, todos los hombres que estaban destinados a dar a Francia esa hegemonía intelectual que tiene sobre el resto del mundo. En él han sufrido hambre y frío, solos y desconocidos, los que después han ganado millones con su pluma o han ascendido a la primera magistratura del país. Y en él también han tenido primeros amores los genios a quienes la admiración universal ha colocado en la categoría de semidioses.

Este texto, dirigido a su biógrafo Pitollot veinte años más tarde, reproduce un párrafo de *La araña negra*, novela escrita durante su primera estancia, y pertenece a un capítulo en el que el autor realiza un canto apasionado a la capital francesa:

Las calles que componen este barrio de París son, sin disputa, las más importantes del mundo, pues en ellas han vivido y viven los primeros genios de Francia, junto con hombres eminentes de todas las naciones, que fueron a establecerse en el distrito de la ciencia, empujados por persecuciones políticas o por el deseo de estudiar... A este distrito de París, al célebre Barrio Latino, fue a establecerse Juanito Zarzoso, apenas llegó a la gran metrópoli.

O sea, él.

No sabemos exactamente lo que hizo en París, excepto que trabajó sin descanso. Con unas cuartillas delante, impulsado por impresiones nuevas y forzado por la necesidad, Blasco era capaz de escribir en veinticuatro horas el capítulo de una novela, y en media hora un artículo, facilidad de la que usó y abusó a lo largo de su vida. *París, crónicas de un emigrado* es una recopilación de los artículos que publicó en un periódico de Valencia. Junto a *En el país del arte*, *Oriente y La vuelta al mundo de un novelista* constituyen la aportación del novelista a la literatura de viajes. Aportación, salvo mejor opinión, discreta. Blasco fue un periodista con garra y habilidad. En los cientos de artículos que publicó en *El Pueblo* comentando la actualidad, no tuvo rival. Sabía ser agresivo, ocurrente, didáctico, solemne, según conviniera, y en una columna decía lo que quería, como quería, y captaba la atención del lector, convenciéndole o irritándole. En cambio, en sus artículos viajeros mantiene el interés, porque habilidad no le falta, pero se le ve el truco. Si va a Venecia, pues habla de los canales, cuenta la historia de algún dogo, alude a Ótelo, se extasia en San Marcos, habla de la humedad (con algún dato sobre el progresivo hundimiento de las casas), recuerda el esplendor de la antigua república, y, si aún queda sitio, comenta humorísticamente la vestimenta de los gondoleros. Si el viaje es largo, caso de la vuelta al mundo, tiene que dosificar el material, combinando lo instructivo, lo anecdótico, lo sorprendente, el color local, el sucedido personal (con foto incluida). En fin, se trata de artículos al estilo de los que hoy llenan las páginas de los suplementos dominicales.

Estando en París comenzó a escribir la *Historia de la revolución española*, por encargo de una editorial barcelonesa. Se trata de una obra ambiciosa y voluminosa, publicada cuatro años más tarde en tres enormes tomos, con tapas acorazadas, en las que va inscrito el título con artísticas letras doradas, y hojas apergaminadas. Actualmente es una joya de las librerías de viejo, ya que nunca fue reeditada. Blanco Aguinaga, en *Juventud del 98*, se queja, con razón, de la poca atención que ha merecido de parte de los estudiosos, un olvido que ha contribuido a situar a Blasco al margen de los regeneracionistas y noventayochistas⁵. Desde luego no fue un pensador, a lo Unamuno, ni pretendió serlo, pero su pensamiento político es mucho más serio y consistente que el de Azorín o Baroja, y más sensato que el de Maeztu. *La Historia de la revolución española* es un recorrido por el siglo XIX en el que se exponen los momentos clave que la fueron determinando (de la Constitución de Cádiz a la República, pasando por la Gloriosa), el papel desempeñado

por los líderes progresistas y sus ideas, y el protagonismo del pueblo en la lucha por la libertad. En este sentido no es una obra original, ya que el autor trabaja con material conocido, pero sí extremadamente clara y pedagógica. Siempre que tiene que exponer el pensamiento de otro, demuestra que se ha documentado y que lo conoce, objetividad que veremos reaparecer en las novelas cuando un personaje tiene que explicar sus ideas (por ejemplo, cuando Salvatierra, en *La bodega*, habla del anarquismo). Donde la obra consigue ser original es en su concepción y construcción. No es un relato de acontecimientos, sino, a la manera de una sinfonía, el desarrollo de un motivo: las vicisitudes de la libertad. La historia española del siglo XIX se contempla como una historia de la libertad que, a través de acontecimientos diversos, va avanzando hasta conseguir en la República federal su pleno reconocimiento.

Para no atribuirle méritos ajenos digamos que este paradigma interpretativo es común a una gran parte del pensamiento decimonónico y que procede de la secularización de la idea de providencia y de su sustitución por la idea de progreso. Blasco no se plantea, ni de lejos, hacer una gran obra de filosofía de la historia, pero tiene la intuición y el acierto de aplicar ese paradigma idealista y optimista a la historia contemporánea de España, cosa que hasta el momento nadie había hecho. Más bien se estaba haciendo lo contrario. Para Menéndez y Pelayo nuestra historia era la del avance del catolicismo. Para los del 98 será la historia de una decadencia. Blasco, en cambio, presenta una historia a lo Michelet y Jaurés, a los que no sabemos si conocía en esta época, pero cuyas dos voluminosas obras publicará más adelante, en fascículos, la editorial que él dirigía. Para Michelet, en su *Historia de la Revolución francesa*, los protagonistas del acontecimiento no son los dirigentes, ni un grupo, como en la *Historia de los girondinos*, de Lamartine, sino el pueblo, entendido no solo como el depositario abstracto de la soberanía de la nación, sino como una persona colectiva que trabaja, tiene sentimientos y lucha. A lo largo de la historia de Francia, en sus momentos cruciales, ha sido el pueblo el que ha aparecido para defenderla. Así, Juana de Arco, sobre la que Michelet escribió un hermoso libro, no es una heroína individual, sino una emanación del buen pueblo de Francia. Y la Revolución es el momento crucial en el que, por fin, el pueblo alcanza la meta deseada de la libertad y la fraternidad. Jaurés lleva esta interpretación más lejos. En su *Historia socialista de la revolución francesa* establece una línea de continuidad entre la proclamación de los derechos del ciudadano y la consecución del socialismo e interpreta la historia del siglo XIX como un desarrollo de la primera revolución. Blasco hace lo mismo, aunque no llega al socialismo, sino a la república federal. Tratándose de una concepción historicista y evolutiva, la puerta queda entreabierta a posteriores avances y, en este sentido, resulta significativo el reclamo publicitario de la obra de Jaurés, publicada años más tarde por su editorial: *¡Campesinos! ¡Obreros! Esta es la historia de los esfuerzos y de las luchas de vuestros padres. Buscad en ella nueva fuerza y nuevas luces para las luchas del mañana*. El que sea una obra a la manera de, no significa que tenga la misma consistencia. Repitémoslo para que no haya malentendidos. La *Historia de la revolución española* no es una gran obra, pero es única en el panorama español.

Al mismo tiempo que escribía sobre la revolución española y enviaba a la prensa las crónicas de un emigrado, comenzó una novela, *La araña negra*, que terminó al volver a España y fue publicada en 1892. Aunque en los recuentos de sus obras nunca la mencionaba, es la obra más citada por los que querían denigrarle. Para sus enemigos era el pérfido autor de *La araña negra*, para sus lectores el famoso autor de *La barraca*, y para los norteamericanos el millonario escritor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Tenía razón Blasco al excluir *La araña negra* y las dos novelas siguientes, *Los fanáticos* y *¡Viva la república!* (pero no los primeros cuentos) de su *corpas* bibliográfico, considerándolas como algo ajeno a su obra. Desde el punto de vista literario su estilo y concepción folletinesca no tienen nada que ver con lo que luego escribió, y desde una consideración política e ideológica son de un simplismo sonrojante⁶.

La estrategia de la araña

La araña negra pertenece al género conspiratorio, entendiéndolo por tal no una conspiración cualquiera, sino secreta, universal, destinada a apoderarse del mundo y promovida por un grupo malvadísimo. De tanto en tanto aparece en la historia esta peregrina creencia, propagada por panfletos que descubren sus hilos ocultos y sus tenebrosas tramas. La Iglesia católica, puesta a la defensiva a la vista del avance de las ideas liberales y del estallido de las revoluciones de 1830 y 1848, creyó verla en la conspiración masónica, sobre la que los escritores eclesiásticos fabularon tremendos disparates. Y los liberales y demócratas pensaron que lo que sucedía era lo contrario, una conspiración jesuítica para someter a los gobernantes y reinstaurar el orden teocrático. Más adelante, aunque la cosa venía de lejos, surgirá la idea de la conspiración judía, y el franquismo conseguirá sintetizarlas en la delirante fórmula de una conspiración judeomasónica-comunista.

Una conspiración siempre es una base sólida para una buena intriga novelesca, a condición de que el autor muestre aprecio por los personajes, incluidos los pérfidos conspiradores, al fin y al cabo sus criaturas. Es el caso de Dumas. En sus obras, los que mueven los hilos secretos de la trama tienen grandeza y clase, como el maligno Cardenal, y hasta un irresistible encanto, como Mylady, de la que en el fondo sigue enamorado el razonable Athos. La conjura

jesuítica para apoderarse del mundo, con la que termina *Veinte años después*, está dirigida nada menos que por el sofisticado Aramis, ayudado por la seductora duquesa de Chevreuse, algo mermada en encantos pero no en astucias. Es evidente que el refinado Aramis no aspira a dirigir una asociación de tarugos, sino de sutiles inteligencias que, según la recomendación de De Quincey, consideran el crimen como una de las bellas artes. La reunión del estado mayor jesuítico, donde Aramis planea hacerse con el poder y ser nombrado general de la orden, es lo más parecido a una reunión de ejecutivos discutiendo una opa hostil. Hay en esta visión de la conspiración jesuítica un toque comptiano, pues, como es sabido, Compté, contemporáneo de Dumas y secretario de Saint-Simón, deseaba pactar con los jesuitas algo así como la organización de la sociedad industrial. Un ligero toque, al menos, para que los malos de la intriga tengan, si no la grandeza trágica del gran inquisidor de Dostoievski, sí un cierto atractivo. Todo lo contrario de los jesuitas de *El judío errante*, de E. Sué, que, además de perversos, son brutales, antipáticos, afeminados, hipócritas, en fin, que no hay por dónde interesarse en ellos. Con semejante material resulta muy difícil poner en pie una intriga que agarre al lector, y es lo que le pasó a Blasco en su imitación de Sué. No obstante es necesario conocer la terrorífica *araña negra* para apreciar la capacidad fabulatoria del autor, aunque su lectura no puede ser abordada, en la actualidad, sino como un juego, algo así como el que se mete en esas montañas del miedo que suele haber en los parques de atracciones.

Al descorrerse el telón vemos la figura gallarda y noble, pero cansada, de un militar que, antes de partir hacia el destierro, llama a la puerta de un convento. Con pocas palabras entendemos que quiere ver a su hija, fruto de un gran amor pero ilegítima, que le ha sido arrebatada por los jesuitas, deseosos de apoderarse de su cuantiosa fortuna. La pequeña, a la que se ha hecho creer que aquel hombre es un monstruo, le rechaza, y el comandante Esteban Álvarez, que así se llama el héroe de la historia, abandona la patria desesperado. ¿Qué cruel destino ha abatido a aquel hombre que ha defendido la libertad en mil batallas? La pregunta no puede ser más pertinente para el comienzo de un folletín y a responderla se dedican las mil páginas siguientes. Una particularidad de la que, de entrada, conviene prevenir al lector es que ninguno de los protagonistas muere de enfermedad física. Unos mueren de pena y otros son asesinados. La historia comienza durante el reinado de Fernando VII, en 1822, época del trienio liberal, y termina en los primeros años de la Restauración. Tiene un cierto aire de *episodios nacionales*, ya que, junto a las peripecias personales, se narran los acontecimientos políticos, pero no es este el objetivo, como ocurre en Galdós. El hilo argumental, la conspiración jesuítica para apoderarse de una herencia, es muy simple, pero las aventuras son muchas y atañen a tres generaciones de una familia, cada una de las cuales corresponde a una época de la historia de España.

Pasando por alto ciertas simplezas, las páginas dedicadas a París tienen interés. Blasco describe con entusiasmo juvenil sus primeras impresiones de la capital y traza un cuadro emocionante de la vida en la emigración. El café donde se reúnen los expatriados a compartir la nostalgia, sus amargas discusiones, su lucha por sobrevivir. Entre ellos se encuentra alguien que nos es conocido, el comandante Álvarez, que pasea su figura llena de dignidad, que ya solo espera la muerte, después de tanta derrota. Las escenas de su entierro, al que acuden todos los exiliados, son de un patetismo desolador. Llueve sobre París y, como en los versos de Verlaine, sobre los que acompañan el féretro, «náufragos de las borrascas revolucionarias que la persecución había barrido más allá de los Pirineos».

En los últimos capítulos se consuma la tragedia que ha venido golpeando a la infortunada familia del conde de Baselga. Codiciada a lo largo de tres generaciones, la herencia maldita, como un diamante sagrado que castiga a su poseedor, ha ido sembrando el camino de cadáveres, hasta ser arrebatada por los jesuitas. La familia entera se ha extinguido, como un árbol muerto. Las últimas palabras de la novela, puestas en boca de un joven republicano, son para anunciar la llegada de un fuego purificador, «un fuego que todo lo devore, que convierta en cenizas todas las instituciones caducas del presente». Es lo que pensaba Blasco en 1890.

La araña negra es un novela fallida, a ratos interesante, porque se superponen tres maneras distintas de novelar. Hay una primera manera folletinesca, a lo Dumas, aunque con menos dinamismo y alegría que en el maestro, pletórica de intrigas, personajes bizarros, lances y efectos sorpresa. Hay una segunda manera galdosiana, no solo por el armazón histórico en que se inscriben las peripecias personales, sino por su concepción. El enfrentamiento de los dos hermanos, que vertebraba la segunda serie de los *Episodios* y simboliza la lucha de las dos Españas, lo transfiere Blasco al conflicto entre la familia aristocrática, dominada por el clericalismo, que simboliza lo caduco, y las nuevas fuerzas sociales (el militar progresista, el médico). Y hay una tercera manera panfletaria en la que la novela sigue el canon marcado por el tenebrismo caricaturesco de E. Sue. En la medida en que esta forma del relato se impone a las otras, la novela se convierte en plúmbea y farragosa y hace de ella una mala novela.

La despedida de la edad romántica

En 1891, acogiéndose a una amnistía, regresó a Valencia. El año de estancia en París había sido extraordinariamente fructífero, pero se le hizo largo. No lo hemos dicho, pero salta a la vista leyendo las tribulaciones del joven Zarzoso, en *La araña negra*, que el joven Blasco estaba enamorado. «El recuerdo de María, de aquella mujer adorada de la que

estaba separado por tantas leguas de distancia, volvía a obsesionarle ocupando por completo su imaginación.» Se había comprometido con una señorita valenciana, María Blasco del Cacho, a la que había dedicado un flamante soneto. Por muy garcilasiano que sea un soneto no es una prueba irrefutable de amor, pero tratándose de Blasco, poco amigo de las convenciones, una declaración en endecasílabos significaba un compromiso serio. Dice así:

Asombrar todo el orbe con mi espada
Ser fiero defensor del inocente,
Verme aclamado por extraña gente,
conquistar la región más apartada.
Libertar a mi patria amenazada
Y defendiendo lo que el pecho siente,
escupir al tirano en su alta frente
y morir tras la heroica barricada.
Llegar al sol con vuelo violento,
Envolverme en su haz de rayos rojos
Y mecerme en las ráfagas del viento.
Son dichas que no calman mis enojos,
Como aspirar tu perfumado aliento
Y ver de cerca tus lucientes ojos.

Las aspiraciones del poeta no debían resultar muy tranquilizadoras para una señorita de provincias, educada en un colegio de monjas, pero el conquistador era irresistible. «Alto, arrogante, tenía el cabello rizado y los ojos vivos y penetrantes. Mis amigas le hacían coro riendo sus palabras y yo me sentí de repente atraída por él... Me di cuenta de que era caballeroso y galante, y también de que me amaba.» Se casaron el 18 de noviembre de 1892 en la iglesia de San Valero. María Blasco del Cacho pertenecía a una familia de mejor posición social que la del marido. Su padre, abogado y rentista, murió cuando ella tenía catorce años yendo entonces a vivir con un tío que era general de división retirado y había estado en Cuba y Filipinas. Los biógrafos afirman que era de una belleza serena y de carácter reposado. Al lado de Blasco da la impresión de ser una mujer pasiva, muy pronto desbordada por el torbellino de su marido. Al contrario que la mujer de Sorolla, Clotilde, de una gran energía detrás de su frágil apariencia, María no jugó papel alguno en la vida del novelista, excepto el de sacrificada madre de sus hijos. Al principio esperó que sentara la cabeza y abandonara sus desvarios políticos, luego aguantó resignadamente y, en el momento más duro de la lucha, se desfondó psicológicamente. Es indudable que Blasco la quiso, procuró atenuar el distanciamiento y le profesó un caballeroso respeto cuando se separaron. Porque, en contra de lo que induce a sospechar su talante extrovertido y fachendoso, no parece haber sido un mujeriego. En este punto los biógrafos son discretos y solo apuntan una relación apasionada, pero fugaz, con una cantante de ópera de paso por Valencia, y la definitiva con Elena Ortúzar, con la que terminó casándose. Se le relacionó, con escaso fundamento, con la Pardo Bazán y, por alguna maledicencia de Cansinos-Assens, con Colombine, que no le otorgó la menor importancia: «El joven políglota tiene la imagen de mí que corre por Madrid: Colombine, la dama roja, la... bueno, la antigua de Blasco Ibáñez, que dispone, como de cosa propia, de la editorial Sempere⁷». Es posible que hubiera otras, aunque la cuestión carece de interés. Lo que sí parece cierto, sin necesidad de adentrarnos en profundidades freudianas, es que sublimaba su energía en la acción y el trabajo y que fue esta entrega lo que provocó el progresivo abandono de su mujer. De momento estamos en 1892, la pareja acaba de casarse y es feliz.

Vuelto del exilio, retomó la actividad política a pleno rendimiento con la intención, no disimulada, de alzarse con el liderazgo del republicanismo en Valencia. No le interesaba crear formalmente un nuevo partido, acentuando de este modo la fragmentación y la debilidad. Lo importante era darse a conocer, hacerse imprescindible. Se pateó los casinos republicanos de Valencia y sus alrededores dando mítines, hablando con la gente. «Yo empecé como soldado raso en las filas del partido.» Era verdad, aunque estaba claro que iba a la suya. Desde *La Bandera Federal* intensificó las campañas anticlericales, rodeado de un grupo de amigos incondicionales, jóvenes y con ganas de armar bronca. La entrada solemne del arzobispo en la ciudad dio lugar a un recibimiento tumultuoso. En una gran pancarta, situada en la redacción del periódico por donde tenía que pasar la procesión, se podía leer: «Jesús iba descalzo, haraposo y hambriento. Comparad». Blasco, y otros veinte, fueron llevados a comisaría por alteración del orden público. La más sonada ocurrió con ocasión de una peregrinación a Roma que debía partir del puerto de Valencia. Los cuatro mil peregrinos, con sus correspondientes obispos y arzobispos, concentrados en los muelles, fueron abucheados y hostigados por grupos de republicanos convenientemente organizados. Según el periódico conservador *Las Provincias* poco faltó para que el cardenal de Toledo acabara en el agua. Estos acontecimientos tumultuosos, que generalmente terminaban con reparto de bofetadas y carreras ante la fuerza pública, y algunos otros, como el entierro civil del amigo y maestro de Blasco, Constantí Llombart, mostraron que el republicanismo estaba vivo y contaba con un líder joven y temerario.

En medio de la agitación encontró tiempo, cosa que va a ser habitual en él, para escribir dos novelones, *Los fanáticos*

y *¡Viva la República!*, en los que vuelve a incidir en el tema del clericalismo y donde acentúa los defectos de *La araña negra*. Sin embargo, *Los fanáticos* ofrece un interés particular, al margen de su desacierto literario, porque contrapone dos extremos, el clericalismo y el anarquismo, personificados en dos hermanos, hijos de un cura infame y lascivo, que se persiguen incansablemente a lo largo de la novela y terminan, como en un desastre de Goya, derrumbándose por un barranco, abrazados en terrible pelea. No es la única vez que Blasco aborda el tema del anarquismo ya que, como luego veremos, vuelve a tratarlo, aunque de diferente manera, en *La catedral* y *La bodega*. Cuando escribe *Los fanáticos* son los años en que se está produciendo una oleada de atentados, tanto en España (el atentado a Martínez Campos, la bomba del Liceo, y, posteriores a la novela, la bomba de la procesión del Corpus, el asesinato de Cánovas) como en el extranjero (las bombas de Ravachol, los asesinatos de los presidentes de Francia, de Estados Unidos y del zar de Rusia). De los dos bloques narrativos, uno está dedicado a las guerras carlistas, el otro a los atentados terroristas, sin que esto sea óbice para largas excursiones que nos llevan al Brasil, Australia y a las batallas de la unificación de Italia, en un galimatías argumental bastante costoso de seguir. Los carlistas, no hace falta decirlo, son brutos ignorantes, incitados por curas trabucaires; los anarquistas parecen buena gente, obreros sin trabajo, desesperados por la miseria, a los que también la ignorancia lleva a creer en doctrinas utópicas y realizar actos desalmados. Blasco establece una cierta diferencia, ya que algunos anarquistas recobran el buen sentido, pero el fanatismo los hace iguales. El autor del atentado del Liceo realiza la síntesis perfecta, puesto que antes había sido carlista. También Gabriel Luna, el protagonista de *La catedral*, había sido seminarista, pero en este caso no se destaca el aspecto de transferencia del fanatismo, sino del misticismo. La postura de crítica cerrada del anarquismo, dirigida a personajes de cartón piedra, se va matizando con la creación de personajes de carne y hueso hacia los que el autor muestra una clara simpatía, como es el caso de Salvatierra en *La bodega*.

Los fanáticos y *¡Viva la República!* fueron un completo fracaso ya que ni siquiera provocaron el escándalo de *La araña negra*. Blasco se dio cuenta de que ya nadie escribía así y de que a la gente no le interesaban folletines con historias inverosímiles, sino con hechos reales, sacados de su propia vida. ¿Y qué realidad conocía mejor que la valenciana? Por otra parte, el seguimiento obtenido por las campañas de *La Bandera Federal* le convenció de que el republicanismo estaba vivo, pero necesitado de una radical transformación.

1 Todos los que escribimos sobre Blasco estamos en deuda con la excelente biografía de J. L. León Roca, Vicente Blasco Ibáñez, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1997. Ofrecen interés, por ser de personas próximas al biografiado, P. Tortosa, La mejor novela de V. Blasco Ibáñez: su vida, Prometeo, Valencia, 1977, y E. Gaseó Contell, Vicente Blasco Ibáñez: agitador, aventurero y novelista, Fundación Cañada Blanch, Valencia, 1996. C. Pitolllet, Blasco Ibáñez: Sus novelas y la novela de su vida, Prometeo, Valencia, 1921, es lo que hoy llamaríamos una biografía autorizada, escrita por un admirador de Blasco, en vida de este.

2 T. Llorente, Escrits polítics (1866-1908), Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2001, edición a cargo de R. Roca. C. Llombart, La revolució cantonal, Tres i quatre, Valencia, 1970. M. Sanchis Guarner, Renaixença al País Valencia, Tres i quatre, Valencia, 1968.

3 N. Townson (ed.), El republicanismo en España (1830-1977), Alianza Editorial, Madrid, 1994. J. A. Piqueras y M. Chust (eds.), Republicanos y repúblicas en España, Siglo XXI, Madrid, 1996.

4 E. La Parra y M. Suárez Cortina (eds.), El anticlericalismo español contemporáneo, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

5 C. Blanco Aguinaga, Juventud del 98, Crítica, Barcelona, 1978.

6 M. Fabbri, «¿Blasco Ibáñez revisionista? El incómodo caso de La araña negra», en J. Oleza y J. Lluch (eds.), Vicente Blasco Ibáñez, 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista, Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia en noviembre de 1998, Generalitat Valenciana, Valencia, 2000, vol. I, págs. 375-394 (en adelante, citado como Actas del Congreso).

7 F. Utrera, Memorias de Colombine, la primera periodista, Hijos de Muley-Rubio, Madrid, 1998, pág. 72.